

bella lección sea tan poco asimilada por quienes viven más o menos próximos al microuniverso de las letras.

«*Los 21*» viene con un prólogo sutil e inteligente de Alone y con unas caricaturas leves y muy expresivas de Romera, colaboraciones ambas que realzan los positivos méritos de la galanura estilística y del señorío artístico de d'Halmar. Si continuara en esta brecha, con las andanzas y los años que lleva a cuestas, cómo nos facilitaría el deseo de hacer amar la literatura. Pero ello requiere que algún editor pague y estime en sus exactas medidas este peculiar don que aflora a través de «*Los 21*». Hablamos del bueno y grato don de enseñar sin pedagogía resabiada.—G. S.



EL PAISAJE EN LA LITERATURA MEXICANA (1) de *Manuel Maples Arce*

El elogio, la exaltación o la simple descripción del paisaje han determinado la originalidad temática de la literatura americana desde los primeros cronistas hasta nuestros días. Esta actitud fundamental de nuestros escritores ha preocupado a críticos e historiadores literarios como Mariano Latorre (2), el argentino Carlos B. Quiroga (3) y el poeta mexicano Manuel Maples Arce.

Mariano Latorre concibe literariamente la geografía de su país como una cantidad de rincones diversos que es preciso reflejar y anotar morosamente para conseguir una acertada definición totalizadora.

Para el argentino Quiroga el asunto se plantea en términos parecidos.

(1) Librería de Porrúa Hnos., México D. F.

(2) Ver revista «Atenea», núms. 69 y 70: «El sentido de la naturaleza en la poesía chilena». Noviembre y diciembre de 1930.

(3) «El paisaje argentino en función de arte». Editorial Tor, Buenos Aires.

«La conciencia estética territorial argentina es, pues, el paisaje en función de arte; y como no hay arte sin el alma humana; como la misma belleza no brota sino del alma en estado contemplativo, se sigue que un paisaje sólo tiene valor estético contemplado por el hombre... Por consiguiente, se forma una conciencia estética de un determinado lugar cuando el espíritu ha producido delante de él una manera artística de apreciarlo, de «sentirlo», cuando lo ha amado... Cuando son muchos los talentos expresivos que traducen semejantemente aquel acervo espiritual, queda formada para siempre la conciencia estética del paisaje...»

En su notable ensayo sobre «El Paisaje en la Literatura Mexicana» Maples Arce analiza la evolución estética del paisaje desde la Colonia hasta los novelistas de la revolución; de Fray Jerónimo de Mendieta a Mariano Azuela y Gregorio López y Fuentes.

La obra se inicia con el estudio rápido y penetrante de los precursores barrocos del paisajismo literario, entre los que el autor destaca la «Rusticatio Mexicana» de Rafael de Landívar y «La Grandeza Mexicana» de Bernardo de Balbuena.

Al llegar a los escritores de la Independencia, Maples Arce subraya el carácter satírico y polémico de aquella generación.

«Toda la conciencia nacional está absorta en la lucha de la cual había de salir nuestra nacionalidad. La actitud combativa suplanta la contemplativa. Y es lógico, por tanto, que en la literatura de ese período no sea el paisaje, sino las inquietudes y angustias de los que en él moran, los que ocupen un primer plano».

Con el Romanticismo la visión estética del paisaje americano adquiere valores diferenciales. Maples Arce rinde un homenaje especial a Manuel José Othon.

«A los elementos representativos del paisaje se une la sinfonía de la naturaleza, toda la gama sonora que de ella se des-

prende: cantos, rumores, zumbidos de insectos, crepitaciones de hojarascas, gorgoriteos estremecidos de susurros, sonos de agua, voces rítmicas, notas, ecos, cracitaciones, zureos, chasquidos de ramas secas, broncos galopes, el desacorde son de las cigarras, crótalos, crujidos, quejas, mugidos, fragores lejanos del viento...» (Pág. 51).

Maples Arce no sólo va señalando las diferencias técnicas e interpretativas de las diversas épocas y escuelas, sino que al mismo tiempo cita trozos antológicos en los que un mismo paisaje aparece descrito por varios autores. Así, por ejemplo, las tierras veracruzanas vistas y sentidas por Joaquín Arcadio Pegaza, Rafael Delgado, Cayetano Rodríguez Beltrán y Salvador Díaz Mirón.

La técnica descriptiva de los naturalistas mexicanos se pone de manifiesto en el análisis de los paisajes suburbanos de Federico Gamboa («Santa»), que más adelante Maples Arce logra ensamblar con los paisajes «heroicos» de Mariano Azuela y Gregorio López y Fuentes.

Este breve y jugoso ensayo de Maples Arce se cierra con una evocación de López Velarde y de los elementos paisajísticos que este poeta logró elevar al plano de la alegoría patriótica en su famoso poema.

«Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas, el palacio del Rey de Oros
y tu cielo las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros».

JUAN URIBE ECHEVARRÍA.